



Etxarri-Aranatz; con un terrorista con la pena cumplida; con un profesor de la Universidad del País Vasco que antes perteneció a la banda armada; con el director de una ikastola; con una concejala de Hernani; con un grupo de estudiantes de bachillerato; con el hijo de un etarra que murió en prisión o, ya más conocidos, con el ex líder de HB Floren Aoz, el novelista Kirmen Uribe o



VIVIMOS RODEADOS DE GENTE QUE HA HECHO EL MAL Y TENEMOS QUE HABLAR DE ELLO*

uno de los condenados por la muerte del guardia civil Félix de Diego (hay más en la lista. Entre los más destacados, dos viudas de agentes asesinados, un estudiante víctima de acoso en la UPV o el alcalde socialista de Irún). Buena parte de ellos, llegados a un cierto punto, o no quieren hablar de lo sucedido tiempo atrás, o recurren a la argumentación del sacerdote en alguno de sus puntos, o simplemente exigen por orden: silencio, pasar página y pensar en el futuro que no en el pasado.

«Hace poco alguien me dijo que ni víctimas ni asesinos merecen el olvido. Y creo que eso es lo básico. No hay que olvidar ni a unos ni a otros. Los segundos tienen que contar por qué hicieron lo que hicieron. Se tiene que hablar de ello porque no hablamos de una historia del pasado. Es el presente de una sociedad traumatizada. Vivimos rodeados de gente que ha hecho el mal y hay que hablar de ello», razona Arteta de corrido. Cuenta el director que no quiso identificar a los interlocutores porque ahora más que nunca importa el qué y no el quién: «Son arquetipos». Razona que la elección de los personajes tuvo mucho de azar y mucho más aún de inevitable: «Es lo que hay». Y para el final deja, de nuevo, el asombro: «Me llama la atención cuando algún español de fuera de Euskadi ve alguna de mis películas o lee *Patria*, de Aramburu, y me dice: «¿Pero esto pasó realmente?». Y lo dice como si viviera en Noruega. Creo que ahora pasa lo mismo».

No es tanto por cenizo como por clara tozudez.

“ IÑAKI ARTETA

NI LAS VÍCTIMAS NI LOS ASESINOS DE ETA MERE- CEN EL OLVIDO”

ANTONIO HEREDIA

crudo y apenas discute de forma explícita nada de lo que se escucha. Prefiere mostrar las contradicciones y, por así decirlo, que sean las declaraciones las que se peleen contra sí mismas. Hablan, en efecto, personajes que nadie se imaginaría en el cine de Arteta. Y de ahí, la fascinación y pasmo. El actual párroco de Lemoa, por ejemplo, da la pauta. El cura que hereda ahora la plaza del que supuestamente colaboró en el asesinato ahí mismo del Guardia Civil José Olaya explica su ideario: «En principio no era terrorismo, sino respuesta a una situación de represión... Luchar contra esa opresión era justo... [Ante un asesinato] por una parte te alegras y por otra, pues no está bien... La opresión del pueblo vasco es real. Estuvo y está». Y así. Acto seguido, Larach se entrevista, entre otros, con la alcaldesa de Bildu de

El director vasco presenta en la *Seminci* un documental que retrata a los que prefieren pasar página y olvidar el terrorismo. «Se tiene que hablar de ello porque no es una historia del pasado, sino el presente de una sociedad traumatizada», dice

POR LUIS MARTINEZ MADRID

ACE TIEMPO QUE Iñaki Arteta (Bilbao, 1959) decidió convertirse, más por responsabilidad que por orgullo, en el «cenizo» oficial del laberinto vasco. Y entiéndase la ironía: frente a los que sólo miran al futuro como la más cómoda expiación de todos los errores propios y colectivos, Arteta vive empeñado en la incómoda necesidad de registrar y entender el pasado con cada una de sus innumerables cacofonías. De su mano, y gracias a películas como *Trece entre mil* (2005), la filmografía sobre el terrorismo en Euskadi asistió a un giro tan inesperado como necesariamente obvio: los protagonistas pasaron a ser las víctimas, es decir,

aquellos que al silencio del drama en carne propia sumaban el no menos trágico estigma de la marginación. Así era. Desde entonces, el cine de este vasco tozudo (mucho mejor que cenizo) ha sido lo más parecido a una pelea contra el silencio desde todos los puntos de vista: contra el silencio impuesto a los que callaron para siempre y, ahora, contra lo que el director llama «el silencio como salvoconducto».

Bajo el silencio, su último trabajo presentado hoy en la *Seminci*, es aparentemente un giro de timón a toda su obra anterior. Ahora los que tienen que hablar y hablan son los que, curiosamente, o prefieren callar o piden silencio. Si antes eran las

víctimas las silenciadas, ahora son «los otros» los que prefieren el mutismo. «Es curioso porque durante años la sociedad vasca ha estado mirando para otro lado. La gente moría y sus vecinos hacían vida normal. Nadie se asombraba por nada», recuerda. «Pero es que ahora pasa algo parecido e igual de sospechoso. Nadie, ni los arrepentidos, hablan ya del pasado. Como si no hubiese ocurrido nada. Como si lo mejor fuera no decir nada», dice e insiste: «El silencio es ahora el salvoconducto».

En efecto, con la colaboración del periodista Felipe Larach, la película se limita a dar la voz a, entre otros, buena parte de los que justificaron, entendieron o sólo disculparon la violencia entonces y, conscientemente o desde la ignorancia culpable, lo hacen ahora. El documental se ofrece en



ANTES LA SOCIEDAD VASCA MIRABA PARA OTRO LADO, AHORA IGUAL: NADIE HABLA DEL PASADO*